

* Laura Pollastri (edición literaria, coordinación y prólogo). *La huella de la clepsidra. El microrrelato en el siglo XXI*. Buenos Aires: Katatay, 2010, 544 p.

La huella de la clepsidra. El microrrelato en el siglo XXI es el feliz resultado de una convocatoria: críticos, escritores y lectores de microrrelatos reunidos en un congreso internacional –el 5º de Minificción. Es, también, el testimonio de una invocación: del llamado a un lugar real y al mismo tiempo simbólico, una zona apartada: la Patagonia que, al igual que el género del microrrelato, se reconoce descentrada. El volumen reúne una selección de

las ponencias presentadas en el mencionado Congreso, que fue organizado por la Universidad Nacional del Comahue en la ciudad de Neuquén, en el año de 2008. Un motivo más de celebración es el hecho de que el libro inaugura la colección Memorias de la editorial Katatay, la que continuará publicando trabajos de reuniones científicas circunscritas al campo cultural y literario de Latinoamérica.

La huella de la clepsidra es una metáfora irrevocable de doble nominación: define el microrrelato en su forma de artefacto mínimo, estricto y puntual y, de cierto modo, sesgadamente, apela a esta recopilación de ensayos que, con sus propuestas e interrogantes, página a página, apuntalan el largo recorrido de los estudios sobre el género.

Laura Pollastri, reconocida teórica del microrrelato y a cargo de la edición del volumen, lleva a cabo un trabajo puntilloso que, con la precisión de una clepsidra, le imprime una notable organicidad a la obra. Es fácil detectar la voluntad por parte de la editora de entrecruzar y ensamblar las distintas perspectivas y los diferentes recortes desde los que se aborda el microrrelato, con la finalidad de que cada texto tome la posta del que lo precede y resuena en los sucesivos.

Las nueve secciones que contienen estas actas dan cuenta del vasto capital crítico que rodea al microrrelato. En el primer capítulo aparecen las voces especializadas de los teóricos del género, lo que significa una ventajosa manera, para quienes no conocen a fondo esta forma, de apropiarse de los elementos y rasgos característicos que definen al microrrelato. Lauro Zavala inicia la obra planteando la hipótesis de que a partir de los estudios de minificción surge por primera vez, en lengua española y proveniente especialmente de la literatura hispanoamericana, “un cuerpo de reflexión teórica de alcance universal, de carácter intertextual y de naturaleza posmoderna”, aunque el término intertextual haya sido acuñado por Kristeva y Todorov al traducir el concepto de dialogismo de Mijail Bajtin y la denominación posmodernismo provenga de la arquitectura estadounidense.

Los estudios de la crítica venezolana Violeta Rojo y de la española Irene Andres-Suárez instalan el debate sobre la problemática del género. Ya desde los títulos de sus trabajos – “Liberándose de la tiranía de los géneros: la minificción venezolana en los siglos XX y XXI” y “Poligénesis del microrrelato y estatuto genérico”, respectivamente– se advierte una radical diferencia de perspectiva. Mientras Andres-Suárez enfatiza la búsqueda de un nombre preciso y de límites definidos, Rojo postula hibridaciones, borramientos, descategorizaciones, escapando de la tiranía del género, al considerar su experiencia de antóloga. Se suman a estas discusiones sobre los invariantes genéricos del microrrelato, los sesudos ensayos de Gustavo Lespada, Basilio Pujante y de Ana María Paruolo, quien propone una relectura de las definiciones legitimadas y brinda una hipótesis en relación a la intertextualidad y a las estrategias de lectura.

Es posible, tal vez, recorrer los textos señalando algunos ejes que pueden vislumbrarse en la obra. Uno de ellos puede ser el que establece la diferencia entre lo específicamente literario y lo que lo excede. Pollastri, en la introducción del libro, manifiesta su preferencia por el término ‘microrrelato’ (en lugar de ‘minificción’) porque “el microrrelato compromete un amplio campo de reflexión que desborda lo literario”. Este es el criterio que fundamenta la inclusión de un capítulo dedicado al estudio del microrrelato desde la psicología, la antropología y la educación. Los trabajos que lo componen –como los de Noelia Soriano Burgués, Cattaneo y Estevez, Brück, Zinkgräf y Formiga, entre otras especialistas– no solo son relevantes en sus campos específicos sino también un referente inestimable en los estudios literarios.

Otro eje que se advierte tiene que ver con el lector y el pacto de lectura: la distinción entre lo que es microrrelato y aquello que se lee como microrrelato, idea que por otra parte defiende la editora con firme convencimiento. La idea de “texturas próximas” –como se designa un capítulo– indica un alto grado de apertura de las condiciones formales del microrrelato como para que textos que son identificados en otros géneros tengan un cierto parecido con él; por tanto, plantean la posibilidad de leer ciertos cruces con el microrrelato de obras o partes que no fueron concebidos originariamente como tales. Los trabajos que conforman esta sección, al considerar desde las formas populares del Siglo de Oro, pasando por obras modernistas, por García Lorca vanguardista hasta las narraciones breves de Alejandra Pizarnik y los poemas narrativos de Marosa di Giorgio, hablan de la variedad temática y la amplitud del corpus desde las que se invoca a esta miniatura textual. En el ensayo que encabeza el capítulo, Enrique Foffani indaga en el carácter fragmentario de la obra de José Enrique Rodó, los *Motivos de Proteo*, obra que coincidiría con aquellas que “se piensan a sí mismas como in-acabadas en continuo devenir”. El análisis de la teoría del fragmento, en el lúcido artículo de Foffani, abre varios posibles caminos críticos que se instalan en el terreno de lo literario pero también de la filosofía y de la cultura.

En esta trama de voces múltiples que dialogan en *La huella de la clesidra*, la de los expertos es esa voz reconocible que, al tiempo que describe su objeto de estudio, va gestando premisas teóricas que dejan huella. Me refiero a David Lagmanovich –cuyo reciente fallecimiento lamentamos profundamente–, uno de los primeros y conspicuos investigadores del género en Hispanoamérica, que convoca a Jorge Luis Borges: un desconocedor, quizá, del nombre microrrelato aunque ciertamente un versado en las formas breves. Lagmanovich –crítico y además microrrelatista– ofrece una antología selecta de Borges al registrar cronológicamente aquellos textos y fragmentos en los que lee un recorrido escriturario ‘borgesiano’ de “aproximación y final dominio del microrrelato”.

Un lugar destacado ocupan los estudios sobre escritores microrrelatistas, como Luisa Valenzuela, Mario Goloboff, Marco Denevi, Fernando Iwasaki, Luis Britto García, cuyos textos promueven reflexiones sobre estrategias escriturarias que caracterizan estilos, configuran estéticas y que, además y sobre todo, definen ciertas puntualizaciones teóricas productivas. En este sentido, Graciela Tomassini suma un aporte significativo con su examen de cierto discurso descriptivo que opera encubriendo una historia, un relato mínimo. Junto a Tomassini, también se destacan ensayistas como Juan Armando Epple, Stella Maris Colombo, Francisca Noguero, Miriam Di Gerónimo, entre otros.

El espacio público del microrrelato, su lugar de aparición sería otro de los ejes que pueden trazarse en este trayecto de lectura. Si el microrrelato alcanza hoy una amplia difusión, en gran medida se debe a la apropiación legítima que han hecho del género los suplementos culturales de distintas e importantes publicaciones periódicas. Se reconoce así su relevancia destinando un capítulo completo al análisis de la cuestión canónica y del posicionamiento del microrrelato en la industria cultural.

Otro espacio irrumpe, con fuerza, en la trama de estas investigaciones; tiene que ver con lo territorial, con el paisaje y quizá también con un dilema de fronteras. El capítulo “Microrrelato y región” –como explica la editora– se inserta en esta obra para “poner en evidencia que hay diversas regiones que de manera sistemática se están dedicando a la difusión y al estudio del género”. Dos puntos cardinales trazan el territorio promisorio del microrrelato: el norte y el sur. Es lo que justifica que los estudios sobre el género, desde la región, elaboren en este caso un corpus de escritores del noroeste argentino y de la Patagonia, tanto la argentina como la chilena.

Laura Pollastri participa además en el volumen como autora del ensayo “El desierto letrado: Patagonia, escritura y microrrelato”, en el que diseña un extenso mapa de viaje y compone una génesis completa del género. Si para los poetas explorar el lenguaje es explorar el desierto, bien puede admitirse su antífrasis para el microrrelato que, desde la Patagonia, dice su región y la contra-dice. Pollastri explora el lenguaje y dice desde el desierto. Y este lugar de enunciación –que se reconoce periférico– adquiere una modalidad de militancia ante la hegemonía del centro.

Siguiendo esta perspectiva territorial, el Caribe anglófono ocupa un lugar destacado en el libro. Lo llamativo es que los trabajos allí incluidos no solo se abocan al análisis de narraciones breves de la región –a excepción del ensayo de María Laura Sosa cuyo corpus contiene textos de la canadiense Margaret Atwood– sino que los autores de esos relatos son mujeres: Rosario Morales, Opal Palmer, Jamaica Kincaid. Microrrelato se conjuga y completa aquí con el concepto de zona marginal o menor, incluso también –y evidentemente– con la emergencia posmoderna de las minorías.

Finalmente, vale destacar la inclusión en el volumen de la ponencia de Robert Shapard sobre la historia y situación actual de la minificción en Estados Unidos, sobre todo si se tiene en cuenta que por primera vez participa en un encuentro internacional sobre el género, al igual que Guillermo Bustamante Zamudio, fundador de *Ekuóreo*, publicación universitaria de Colombia. Su testimonio cobra importancia dado que, al tiempo que historiografía los avatares de la revista, plantea cuestionamientos a la crítica, al “ripio discursivo”, a la época –y en este aspecto, fundamentalmente, su ensayo, último texto del volumen, se lee en contrapunto con el que lo inicia –de Lauro Zavala– y con el tercero –de Andrés Suárez– y coincide con el segundo –de Violeta Rojo.

Bustamente defiende el microrrelato de las expresiones discursivas de la sociedad de masas, cuando declara lo que para él es la buena literatura breve y que nada tiene que ver con el laconismo o la fugacidad de moda: “Una buena microficción es un evento que te pone a trabajar. No que te llena, sino que te roba algo; no que te dis-trae, sino que te a-trae, que se las trae.”

Pensé en iniciar esta reseña describiendo el formato y la sobria y atrayente ilustración de la tapa del libro. Inmediatamente desistí. Pero ahora insisto y vuelvo al punto de partida: si

me limito a decir que la imagen de la clepsidra que identifica a esta obra cuenta el tiempo trasvasando los signos mínimos de la lengua es probable que, en cierto modo, esté definiendo el microrrelato, forma diminuta que deja su huella.

Graciela Simonit
